

LA SEÑORITA FLORA

Autora: Teresa de Sorribes

La señorita Flora es regordeta y risueña. Maestra de vocación, siempre llega la primera, antes incluso que el director. Apenas deja sus cosas en el armario, oculta su traje sastre azul marino, bajo un ancho delantal verde cuyos bolsillos al cabo del día, acaban repletos con los objetos más diversos amén de pañuelos y ropa infantil. A la señorita Flora se la conoce entre sus compañeros, como Miss alcachofa.

El mote se lo han puesto no porque sea una amargada que se hace odiosa. Al contrario, la señorita Flora es de ademanes suaves y habla con una agradable voz. Mantiene la disciplina de sus alumnos con una sonrisa, para hacer más llevaderas las normas de una clase de tres años. Ella quiere a todos sus alumnos por igual. La señorita Flora se considera una ferviente seguidora de la doctrina, que propugna la más absoluta igualdad entre las personas.

Guiada por su igualitario ideal, lucha por erradicar la costumbre que asigna el color rosa a las niñas y azul a los niños. En su clase todos visten delantal y gorro de un indiferente color verde. Sus compañeros llaman cariñosamente a su clase, el huerto de alcachofitas.

Pol llegó al colegio un día de noviembre cuando los alumnos estaban destripando las interioridades de unos bloques de plastilina. Llevaba su gorro azul y delante bien visible se encontraba una pegatina de su dibujo preferido, el erizo Bruch.

La señorita Flora lo acogió bajo su manto y acarició con la misma suavidad que acaricia a todos los demás. Y de paso le quitó el gorro azul con el erizo.

Mientras Pol miraba asombrado como su gorro aterrizaba sobre la mesa, le colocó uno de verde.

Pol sonrió a la señorita, se levantó de la silla y fue hasta la mesa. Alzándose de puntillas cogió el gorro, se quitó el verde y ante la cada vez más asombrada señorita Flora, se encasquetó el azul. Sonó el timbre y uno y otra se dieron un respiro. Hora del recreo.

La clase salió a al patio a jugar, todos iguales, todos verdes menos un gorro azul con un erizo. La señorita Flora hubiera tenido un poco más de paciencia si no hubiera escuchado como un compañero comentaba jocosamente, que una de las alcachofitas se había rebelado y ya mostraba un sospechoso color azul. Al volver del recreo la señorita Flora sentó a los niños y las niñas a su alrededor y les habló de las virtudes del color verde. Todos asintieron menos uno.

—A mi me gusta más el color azul y también el erizo Bruch- informó Pol a la clase.

La señorita Flora le lanzó una mirada cargada de significado. Se levantó rápidamente y con destreza cambió los gorros y dejó el azul en la estantería, lejos del alcance de cualquiera que midiera menos de un metro.

Esto pareció zanjar el problema. Pero solo fue un aplazamiento. Pol, cuando la señorita Flora se ocupada de una raspadura en la rodilla, acercó la silla a la estantería, se subió y logró alcanzar su gorro azul que cambió por el verde ante la mirada atónica de los demás niños. Cuando hubo hecho el cambio, bajó con cuidado y mientras regresaba a su lugar se puso el gorro con una sonrisa en la cara que tenía un cierto sabor a triunfo.

La señorita Flora al darse la vuelta y encontrarse con el gorro de Pol, decidió contar un cuento sobre la obediencia y sobre la necesidad de ser buenos y

hacer caso a los mayores. Pol fue el primero en asentir, pero colocó su manita izquierda en la cabeza, sobre el gorro, para que se quedara quieto un ratito.

La señorita Flora aprovechó para explicar todo el asunto de la igualdad de los niños y las niñas que nadie entendió aunque toda la clase la miraba muy callada. Apenas acabó de hablar, apartó la mano de la cabeza de Pol y le quitó el gorro. Lo hizo desaparecer como por arte de magia en uno de sus enormes bolsillos y ya nunca más apareció.

Pol en un arrebato, lanzó el gorro verde al suelo y se negó a ponerse nada que no fuera su gorro azul con el erizo Bruch.

La señorita Flora se negó a consolar a Pol que pataleaba berreando. Ningún alumno debía destacar. La clase estaba atónita. Se acariciaban los gorros verdes sin entender qué pasaba aunque tampoco debía de parecerles tan raro, cada cierto tiempo alguno tenía su ración de pataleta. Formaba parte del proceso de crecer.

Acabó la clase con Pol castigado en el rincón de pensar por haber lanzado el gorro azul al váter cuando pidió ir al baño.

Al día siguiente, Pol llegó con otro gorro azul. La señorita Flora en cuanto lo vio, empezó con los cambios que dieron como resultado una pataleta, un gorro desaparecido y otro tirado por el suelo.

La guerra de los gorros afectó a la mamá de Pol. Cada día la misma historia comprar un gorro, coserle un dibujo del erizo de Bruch y consolar al niño de un berrinche. Estaba de los nervios.

A la semana siguiente Pol fue al colegio sin gorro y amenazado por su madre, si había algún conflicto, se las vería con ella al salir.

023 LA SEÑORITA FLORA

En cuanto pasó por la puerta la señorita Flora sonrió y le encasquetó un gorro verde. Pol no hizo nada, se comportó como si tal cosa. Problema solucionado pensó la señorita Flora y se dedicó a alabar el dibujo de un erizo que había hecho.

Fue una mañana muy tranquila. Pero al salir al patio, Pol cayó, sin saber como, del tobogán. Se quedó tendido en el suelo y hubo que llamar a la madre, que angustiada lo llevó al hospital con un enorme chichón en la cabeza.

Hoy la señorita Flora ha llegado como todos los días, muy puntual. Se ha puesto su delantal verde sobre el traje sastre azul marino y tras preparar las tareas, ha ido a recoger su fila. Delante de todos está Pol, lleva la cabeza envuelta con un vendaje. Es azul y delante ostenta un poco arrugada una pegatina del erizo Bruch.